

Manuel CRUZ  
**La tarea de pensar**  
Barcelona, Tusquets, 2004

Escribía Paul Valéry en sus *Estudios filosóficos* que “ el número de rostros incompatibles que puede aplicársele a alguien pone de manifiesto la riqueza de su composición”.

Semejante rasgo, en culturas académicas propensas al envasado y etiquetaje, es el estigma del eclecticismo. Sin embargo, en una obra que se proponga pensar sobre el pensamiento constituye el mejor punto de partida posible. El único, de hecho. Se trata de una manera de *entender* la filosofía: saber que tal incompatibilidad es un efecto óptico, que reduce los rostros a retratos-robot.

El último libro del filósofo Manuel Cruz, *La tarea de pensar*, es un ejercicio de pensamiento que goza de una rara y decisiva virtud: presentar muchos rostros concretos que en su composición final terminan, paradójicamente, por conformar una *filosofía sin rostro*, una filosofía atenta a contenidos y por lo tanto alejada de la tentación carismática del presente y sus pleitesias. Es, pues, la de este libro, una visión de conjunto que no concede, al menos en proporciones significativas, peso alguno que descompense la representación general del rostro imposible de la filosofía contemporánea, el único con el que es posible esbozarla desde el presente. Tal vez se trate, desde luego, de un efecto de retardo. Pero es algo que el autor ha asumido conscientemente en la organización del contenido y forma de su reflexión.

Resulta, cuando menos, curioso —si

no inquietante— que precisamente en los aledaños de las décadas fascistas la figura de Ulises acudiera a la memoria de pensadores bien distintos: Adorno y Horckheimer en su *Dialéctica de la Ilustración*, por un lado, y Auerbach en su *Mimesis*, por otro. Las semillas de sentido encriptadas en la trama homérica, en un *relato*, mostraban así esa sabia capacidad, ya señalada por Benjamin, de germinar al cabo de siglos, en los climas más diversos (y adversos). Para los primeros, se trata de un Ulises desnaturalizado, permanentemente contra sí mismo, convertido en mimesis caricaturesca de su propia humanidad. Para Auerbach, es un Ulises marcado por la cicatriz de un pasado que ha de ser revelado a su debido tiempo. Encarna un modelo narrativo basado en la *visibilidad*, en una panorámica que el narrador ofrece de todos los momentos que conforman esa odisea, esa segunda navegación sin viento, con la propia energía del remar humano, de la que hablaba Platón. Esa odisea, se diría, del pensar, de esa peripécia humana incesante. El episodio de la cicatriz es, pues, el paradigma del retardo narrativo, de un *tomarse el tiempo debido* para contar con calma la historia completa y ésa es, justamente, una de las mejores decisiones de *La tarea de pensar* de Manuel Cruz.

Por extraño que suene, este libro se deja pensar bajo la forma de esa cicatriz en el muslo de Ulises. Este, de regreso a Itaca, embozado (sin rostro), pero por-

tador de una cicatriz del pasado que le identifica, pide a la anciana esclava que le ha reconocido por la marca indeleble de su juventud, que no revele aún su identidad, a riesgo de desencadenar antes de tiempo consecuencias que afectarían a todos, incluida ella misma. De haber alguna tarea irrenunciable de la filosofía, sostiene Cruz, podría ser precisamente reconocer los signos de lo antiguo en lo nuevo, reconocer como tal la novedad y anticipar las consecuencias de la vigencia o superación de estos signos; en definitiva, saber el momento en el que desvelar una identidad, un rostro. Porque leer los signos del tiempo es urdir puentes entre futuro y pasado; es saber leer las marcas del tiempo.

La figura de esta cicatriz homérica nos permite ordenar tres frentes de tareas que aborda la obra de Manuel Cruz.

En primer lugar, ¿qué hace este libro? Relatar (filosóficamente) una historia de la filosofía contemporánea, esto es, realizar una *reconstrucción interpretativa*, que no es narración como simple recuento de los sucesos de la filosofía del siglo XX, sino interpretación de su sentido en la trama de un curso de acontecimientos. Arranca, para ello, de diferentes puntos de partida histórico-temporales, distintos desarrollos de doctrinas y autores que vienen a detenerse, no obstante, todos en un mismo lugar, en el mismo extremo: el presente, el punto más allá del cual no es posible ir.

En segundo lugar, ¿cómo lo hace?. Retardando sabiamente su proceso, el desvelamiento de los rostros que forman el rostro imposible de la filo-

sofía contemporánea. Semejante actitud es ante todo una conciencia lúcida de las condiciones de posibilidad que anteceden a toda teoría y que han de ser mostradas a riesgo, en caso contrario, de convertirse en puntos ciegos de la mirada teórica. El retardo es, pues, el camino preparatorio, propio de un estilo filosófico cuidadoso, casi se diría fenomenológico (modo de filosofar que el autor conoce bien) que delimita detalladamente el objeto de pensamiento, a fin de realizar la difícil vocación filosófica: pensar sobre el pensar. Es ésta una mirada retardada que, no obstante, se posa el tiempo justo en cada corriente teórica para no quedar fascinada por ninguna de ellas, para no perder la perspectiva.

En tercer lugar, ¿para qué la tarea mencionada en este libro, esa tarea que reclama para sí la filosofía? Para reconocer lo nuevo como nuevo, lo que se quiere hacer pasar como nuevo y no lo es, lo antiguo como *fuerza* en un sentido constructivo y la exploración de nuevos escenarios y debates de la reflexión filosófica. El filosofar, como bien dice el autor, es también una *tarea previa*, un prólogo al discurso que examina las condiciones de posibilidad de un objeto de pensamiento.

En el caso de este libro, hay una pregunta que se construye progresivamente a través de una cadena de interrogaciones por las que nos va guiando el autor, dialogando siempre con el lector y con los rostros filosóficos (autores, corrientes) a los que va convocando. Pero por encima de la reunión de nombres particulares, el libro insiste, ante todo, en una pregunta por la filosofía

contemporánea que exige un proceso de rodeo, de desbroce previo, en definitiva, esa *construcción de la pregunta* ineludible en cualquier programa investigador en sentido amplio. A tal tarea se dedica toda la primera de las tres partes en las que consta el libro.

La obra, no obstante, quedaría incompleta sin unas coordenadas de anclaje, de toma de posiciones, de posiciones de enunciación y de enunciación de las mismas. Qué se va a entender por filosofía, por su ámbito y forma de acción son las preguntas que demarcan el tránsito lector por la segunda parte de la obra.

Finalmente, preparado el terreno en la primera parte y asentada la posición en la segunda, la tercera parte del libro acomete la configuración definitiva de la pregunta bajo la forma de una *interpelación*. La filosofía es así filosofía interpelada por la realidad.

Llegados a este punto, se preguntará ya qué representa este libro (de un filósofo) en el anaquel teórico (de un sociólogo). La respuesta es doble: una invitación a pensar sobre los presupuestos menos evidentes de la investigación y un instrumento de trabajo en la forma de una útil cartografía de problemas y respuestas a los mismos desde la filosofía y las ciencias sociales. De lo primero, ya se ha hablado algo, de lo segundo nos ocuparemos brevemente.

El libro parte de un planteamiento paradójico, pero muy útil: la necesidad de no dar por supuesto más que un supuesto: el de que la propia filosofía es posible. De otro modo, no será posible establecer una cartografía filosófica contemporánea. Ahora bien,

¿en qué términos puede plantearse esta cartografía? Se exige, sin duda, tomar en cuenta una vocación práctica de la filosofía, pero la actitud propuesta no es la de la aplicación directa de la filosofía a un objetivo práctico, sino la de la tarea de la descripción, del preámbulo, de un talante filosófico como marco ralentizador del siempre acelerado presente, orden de sentido necesario para encarar posteriormente los problemas de la acción desde otros puntos de vista.

Se trata así de una cartografía orientadora, más que prescriptiva. Establece para ello un gran peso específico sobre la categoría de *problema* y su relación con la novedad; concretamente haciendo de la novedad un problema. El problema contemporáneo del *novum* se enmarca en el dilema de la modernidad entre la nostalgia por el pasado y la huida hacia delante, en la medida en que se busca una encarnación de lo *nuevo* sobre la que cifrar las expectativas de cambio. Pero, como muestra la prudencia de la perspectiva historicista, es necesario proceder con cautela en este punto.

Lo nuevo por excelencia parece ser hoy día el *conocimiento* como forma de producción y fuente de capital. Pero ello no impide que se trate también de un problema bien visitado en filosofía y en ciencias sociales: la relación del conocimiento con la realidad. Sin embargo, tiene sus rasgos propios: el peligro actual que se configura en torno a los saberes especializados es el de un conocimiento que empieza a extenderse como información y cuyo signo hay que descifrar efectuando, de nuevo,

un retardo; se impone una actitud de sosiego y sensibilidad histórica que permita ver las cosas con una mayor perspectiva. Definir, como bien señala Manuel Cruz, el signo del tiempo, sin caer en la tentación profética, es la labor más digna de la reflexión, es no sentirse *oráculo* sino *intérprete*. Para lo cual es necesario una actitud previa fundamental: saber *leer*, sentirse interpelado por la realidad, por esos problemas que “hoy nos conciernen” según dice el autor.

Se trata, pues, de “la capacidad de generar una mirada distinta sobre lo existente”, pues no siempre la filosofía es hablar *sobre algo nuevo*; también es hablar *sobre algo, de nuevo*.

Desde un punto de vista sociológico, las reflexiones que Cruz realiza sobre las complejas relaciones entre ciencia y filosofía resultan de especial oportunidad para su debate en el panorama universitario español aquejado, como se sabe, por un cierto desequilibrio entre la cantidad y calidad de reflexión teórica y el volumen de investigación empírica. Manuel Cruz propone (y propone bien) una relación de la filosofía con la ciencia en términos de ejercicio crítico. El valor práctico de la filosofía es el del intento de pensar de un modo claro y comprensivo lo que hay en el mundo, esto es, la posibilidad de referirse a la realidad. Por esa razón, no menos que en la ciencia, en la filosofía se da también un compromiso ontológico con la realidad y no sólo un debate de simples cuestiones de opinión, de juegos de palabras. Esto determina los términos de las relaciones posibles de la filosofía con el ámbito de la práctica científica. Para empezar, ¿es la filosofía

menos válida por *indemostrable* en los mismos términos de la demostración científica o por basarse en un proceso de examen de los supuestos y elementos del sentido común que trabaja, sin embargo, con ellos mismos? No, en la medida en que eso lo efectúan también otras parcelas del saber. Ni supraciencia ni infraciencia, sino crítica de la ciencia en todo caso es la relación más saludable que se puede plantear la filosofía con la actividad científica, incluyendo, evidentemente, las llamadas ciencias sociales. La filosofía muestra una especial capacidad para arbitrar cuestiones en las que muchas veces el modo de argumentar de los científicos puede estar generando malentendidos. En este sentido, los filósofos son expertos en detectar sesgos sutiles, presunciones ocultas, etc., que puede resultar aconsejable y pertinente elucidar para un desarrollo reflexivo de la práctica científica. Recuerda con oportunidad Manuel Cruz, en varias ocasiones, que el conocimiento no se puede entender adecuadamente sin referencia a un mundo, pero no se trata de un mundo pre-definido con independencia a su aparecerse a nosotros. El conocer es inseparable de nuestro cuerpo, nuestro lenguaje y nuestra historia social. Lo cognoscente y lo conocido se determinan y surgen mutuamente. Por lo tanto, el conocimiento es ontológico, tiene lugar en un mundo y en sus propios cambios comporta también consecuencias ontológicas: hace mundo.

La filosofía, en consecuencia, es constantemente interpelada por la realidad de un tiempo histórico determinado [relación Filosofía-Tiempo] y

responde planteando formas de configurar problemas (relación Filosofía-Conocimiento).

La pregunta por la filosofía contemporánea es la pregunta por la contemporaneidad. Para ello, Manuel Cruz, la encauza mediante los conceptos de «tradición» y «problemática». La «tradición» es considerada como la semejanza que guardan entre sí los diferentes programas de investigación, mientras que la «problemática» es el trasfondo de preguntas en las que opera el filósofo perteneciente a una tradición, su contenido específico de problemas. A partir de estas coordenadas se van acometiendo en la tercera parte del libro cuestiones fundamentales referidas a la comunicación entre problemáticas y a la idea de si ésta es posible. La postura de Cruz se inclina hacia la afirmación enérgica de tal posibilidad y de la necesidad, con las debidas consideraciones homologadoras, de una articulación entre problemáticas o territorios teóricos para responder a los desafíos históricos del presente.

Así pues, se llega a la parte final del libro en la que se plantean las tradiciones que delimitan actualmente el paisaje de la filosofía contemporánea, en un conjunto de páginas que resultarán de evidente interés al investigador social.

Para empezar, porque en una tonalidad teórica muy diferente a la de la primera parte, Cruz parte ahora de una de una perspectiva pragmática, declarando que las tradiciones filosóficas se diferencian en lo que cada una afirma acerca de lo que hay, en una determinada idea de conocimiento,

en un cauce, un desarrollo concreto de la problemática, que lo señalan como perteneciente al propio discurso de la tradición en cuestión.

Se distinguen así tres tradiciones principales: la marxista, la analítica y la hermenéutica. Sobre esta base, el autor propone una clasificación en la que como *criterio mayor* se propone la categoría de «tradición» (cuyo contenido es la problemática, como ya se ha visto), complementado por un *criterio auxiliar*: los núcleos temáticos.

Estos núcleos temáticos u objetos teóricos son:

1. Naturaleza.
2. La idea de «yo» o «identidad», que recoge buena parte de los discursos sobre la categoría de «ser humano».
3. La «historia», que desplaza en muchos aspectos la idea de « tiempo»
4. El «conocimiento», sustituto parcial del concepto de «razón».
5. La «acción», tema que comparte rasgos con el de «vida».
6. Los «valores» que se plantean conectados al conocimiento y la acción.
7. El «lenguaje».
8. La «sociedad».

El tratamiento que de estos núcleos temáticos proporciona Manuel Cruz ofrece las ventajas de una claridad expositiva que no renuncia en su esquematismo ni a la profundidad ni a la flexibilidad suficiente para ofrecer una cartografía clara, comprensiva y bien entrelazada de problemas que afectan a la filosofía y a otros saberes. La inteligente —e inteligible— organización de estos núcleos temáticos,

constituye uno de los platos fuertes del libro en la medida en que permite al lector sagaz reconstruir problemáticas tan complejas como las de la acción o la identidad desde diferentes vertientes que se entrecruzan precisamente en estos núcleos, recipientes de distintas corrientes teóricas. De especial interés resultará las páginas que dedica el autor, desde un punto de vista bien atemperado pero con una sana exterioridad, de enquistadas polémicas internas sociológicas tales como las del (siempre) espinoso anclaje de conexión entre acciones individuales para pasar del nivel micro al macro o de las disputas metodológicas entre sociologías de ascendencia fenomenológico-construccionista y empírico-positivista, pasando por detenerse en algunos desarrollos de la filosofía analítica o del paradigma de la narratividad que resultarán de seguro interés para el investigador en ciencias sociales.

Para finalizar, poco queda por decir que no pueda ser más y mejor dicho por el propio libro. Tan sólo cabe recordar, quizás, que el regreso del mito de Ulises se parece, en cierta medida, al regreso

de la vieja pregunta por la filosofía una y otra vez, sin ser la misma, porque sólo tiene sentido cuando se la formula desde la perspectiva del hoy.

“El punto de sosiego, la pausada temporalidad” que para Cruz tiene el ejercicio de la filosofía proporciona una pausa reflexiva en el mundo de obsolescencia acelerada en el que vivimos, de bienes y de ideas. Un mundo que corre el peligro de una circularidad engañosa, del retorno de lo mismo-otro bajo diferentes disfraces y que no *pone en marcha* como diría Heidegger, sino que anda en círculos, da vueltas y vueltas, como corresponde a la proverbial figura de la desorientación. Evitar desorientarse es apelar no a la *teleología* sino al *tránsito*. El *hacia dónde* es siempre un enigma, en el pensamiento y en la historia. Pero lo que es vital es el tránsito y el proyecto de encaminar históricamente tal travesía, como Manuel Cruz nos recuerda en su obra.

ALICIA GARCÍA  
UNIVERSIDAD DE BALTIMORE

## **FE DE ERRATA**

Alicia García, autora de la Reseña del libro de Manuel CRUZ,  
“*La tarea de pensar*”, que se publicó en el número 39  
de la *RIS* (2004: 274-279),  
no pertenece a la Universidad de  
Baltimore, sino a la de Johns Hopkins.